

violencia mi corazón; necesito, en una palabra, para no morir de fastidio, emociones fuertes que...

—¡Emociones fuertes! Pues hágase V. torero, ó, lo que es mejor todavía, vaya V. á la sierra á montar jabalíes.

Y á la verdad que tenía razón la bellísima autora de tan oportuna respuesta, porque pocas situaciones pueden ser más dramáticas y ocasionadas á sacudirnos, moral y materialmente, como la de sentir el espantoso ruido que hace el jabalí rompiendo lentiscos y jarales del monte, y apercibirnos á una lucha, que puede sernos fatal, con uno de los animales más indómitos, más ariscos y más insociables de la creación.

Ejemplo al canto, y entremos en materia.

Al mediar el invierno del año de 1857, aburridos y cansados de respirar el aire mefítico que se cierne en estas grandes capitales que hemos convenido en llamar *Babilonias modernas*, aceptamos, en compañía de unos amigos, la galante y tentadora invitación de ir á montería que nos hizo otro de los nuestros, cazador sempiterno y propietario de cierto coto magnífico situado en una de las estriberas de Sierra Morena.

Hechos los preparativos con la rapidez propia de los que se sienten punzados por el aguijón del deseo, y provistos de nuestras armas y pertrechos de montería, atravesamos en alas del vapor la larga distancia que hay de Madrid al cazadero.

Al llegar á la sierra, el paisaje cambió repentinamente de aspecto. La tierra era húmeda; el aire de las montañas vecinas estaba impregnado de perfumes que vigorizaban el pecho; brotaba el agua por todas partes; hondonadas y alturas aparecían á la vista cubiertas de espesos bosques que sombreaban nuestra marcha á campo travieso por aquellas sendas abiertas entre tajadas peñas, recobrando la naturaleza su voz, sus fueros y sus bríos en las agrestes y majestuosas soledades, que parecen hechas para demostrar la pequeñez del hombre y la inmensidad del poder de Dios.

Nuestro amigo nos recibió con los brazos y con la despensa abiertos, lo cual satisfizo al propio tiempo á la amistad y á las exigencias del estómago, bastante imperiosa después de tan larga caminata, y convínose de sobremesa que al amanecer del siguiente día nos pondríamos en demanda, como dicen los marinos, de un soberbio jabalí que, atalayando tres días seguidos, había visto un guarda meterse en su cama, en una espesura casi impenetrable.

Para mayor honra y gloria de nuestra fama de cazadores, se convino también en que iríamos tres solos, sin perros; dos armados con escopetas de dos cañones,

y uno con arma blanca, consistente en una pica de tres filos.

Las gentes del monte creyeron que nos habíamos vuelto locos, y mucho más al saber que íbamos á sorprender al jabalí en su propia cama; porque, no llevando ojeadores ni perros, era fácil sorprender á la fiera en su mismo cubil. En muchos casos semejantes se suele perder el tiempo sin conseguir nada; pero nosotros aquel día estábamos predestinados á renovar la excepción de la regla.

Las seis de la mañana nos dieron en lo más embrenado de la sierra, donde las huellas frescas y recientes nos indicaban que el jabalí había vuelto ya de buscar su comida. Llevábamos el viento de cara, caminando con excesiva precaución para que ningún ruido, por pequeño que fuese, denunciase al enemigo nuestra presencia.

De repente, y sin darnos cuenta de donde salía, una enorme masa negra se precipitó como una tromba sobre nuestro amigo, que iba delante, derribándole al suelo; resultando uno de nosotros abrazado, Dios sabe cómo, á la rama de un árbol, y casi montado sobre el lomo de la bestia feroz, mientras el otro á pie, y en mejor situación que los demás, introducía el hierro de la pica junto al brazo derecho de la res.

La partida, sin embargo, no era igual, ni mucho menos, y el peligro arreciaba á cada instante. La pica podía romperse, y el cazador caído veía acercarse á su vientre los afilados colmillos del animal, enfurecido con el dolor de la herida que acababa de recibir, cuando, descolgándonos de la rama del árbol, pudimos alojarle dos balas que le dejaron momentáneamente sin vida.

Este lance había durado minuto y medio, que nos pareció toda una eternidad, y que pudo costar la vida al que tuvo la mala suerte de verse sorprendido y derribado por el jabalí, que los guardas llevaron después á la casa en una carreta, porque pesaba más de 300 libras.

Sentados aquella noche junto á una gran chimenea campesina y delante de una bien provista mesa, estuvimos acordes los tres en que realmente no habíamos ido á la sierra á tirar al jabalí, sino á caza de emociones, y emociones demasiado fuertes y desagradables por cierto.

Los sucesos habían sobrepujado á nuestras atrevidas esperanzas.

Pero hay tentativas ó calaveradas que no deben repetirse, y á esta clase pertenece la que acabamos de referir.

III

En una de nuestras frecuentes monterías en los accidentados terrenos que siryen de pintorescos estribos por la parte de Andalucía á la gran cordillera Mariánica, conocida con el nombre de Sierra Morena, trabamos conocimiento con un jabalí bien entrado en años á juzgar por su corpulencia y por la conformación de sus colmillos, y cuyos ademanes y movimientos eran de lo más singular que puede imaginarse.

El animal, como poseído de un vértigo, cambiaba de residencia tres ó cuatro veces por semana, yendo de arriba abajo y del monte al llano, atravesando distancias de no pocos kilómetros, por sitios completamente descubiertos; lo cual no dejaba de llamar la atención, dados los hábitos y costumbres de sus congéneres los señores montaraces, en los dominios de la maleza y la espesura.

A pesar de esta ventaja y de las ningunas precauciones que tomaba en sus frecuentes correrías, nunca pudimos dar alcance á tan extraña res, cuya pista seguían con cuidado los cazadores más expertos en el conocimiento del terreno.

Una circunstancia nos llenaba de admiración, y era la de que el jabalí, aunque potente y vigoroso, á juzgar por la huella que dejaba la pezuña, no saltaba nunca al encontrar delante alguna zanja, foso, precipicio ó vallado, sino que los bordeaba con especial habilidad, dando inmensos rodeos, á veces para ir á parar á un sitio adonde habría llegado en medio minuto de un solo brinco.

Contrariados al fin por el mal éxito de tantas y tan infructuosas tentativas, decidimos en cierta ocasión dar caza al codiciado jabalí, auxiliados por muchos ojeadores, á fin de sacar al animal aunque fuese del centro de la tierra, obligándole á dar un forzado paseo por el llano, á que se mostraba tan resuelto aficionado.

Después de tres horas de marcha, y con un frío capaz de helar todo lo que no sea el ánimo y la resolución de un cazador de pura sangre, llegamos al lugar marcado como punto de batida, procediéndose á sortear los puestos que debíamos ocupar cada uno de nosotros.

Éramos, entre todos, ocho cazadores y cuatro escopetas negras.

Los ojeadores se alejaron para levantar la res, que, según las noticias adquiridas, debía andar por aquellas espesuras.

Después de una hora de aguardo, que nos pareció tres veces mayor, ó sea de ciento ochenta minutos, oímos á lo lejos la algazara de los hombres y de los perros, haciendo señales evidentes de que habían dado con la res y de que estaba empeñado el ataque.

Teníamos el viento de cara y oímos con delicia aquel ruido discordante, cuyos atractivos especiales sólo comprenden y aprecian los que adoran como nosotros las emociones palpitantes de una montería.

Dos zorros magníficos, con las orejas gachas y el rabo entre piernas, pasaron junto á nosotros; pero ni siquiera les hicimos caso, ni nos pasó por las mientes el agujerearles el cuerpo para apoderarnos de sus magníficas pieles.

A medida que pasaba el tiempo, redoblaba la furia de los perros y el vocerío de los ojeadores. Sin poderlos contener, avanzamos hasta un barranco en forma de embudo, hacia donde nos llamó con gritos destemplados un ojeador, y en cuyo fondo estaba el jabalí, con las cerdas erizadas, arrojando espumarajos sanguinolentos y casi cubierto por los perros, que pugnaban por despedazarle.

En aquella situación era imposible hacer uso de las escopetas ni del cuchillo de monte, y llenos de ansiedad aguardábamos el momento favorable de poner fin á aquel drama venatorio.

Creíamos, al llegar, ver tres ó cuatro perros heridos y rodando por el suelo, porque el animal tenía buenos colmillos y era vigoroso; pero no sucedía así, con gran extrañeza de nuestra parte, extrañeza que creció de punto al verle extender el hocico á derecha é izquierda, cual si tratase de atacar á un enemigo invisible, mientras los perros lograban alcanzarle con sus mordiscos en las patas y las orejas.

De repente, y desprendiéndose de los perros, dió un salto enorme, dirigiéndose hacia un sitio donde no había nadie ni nada más que un árbol corpulento, en cuyo tronco casi se aplastó la cabeza, rodando por el suelo aturdido y dominado ya por los perros. En esta situación fué ya posible hacer uso del cuchillo.

Sólo hubo dos perros que sacaron ligeros arañazos de la lucha, y, sin embargo, la res no tenía los colmillos de miga de pan.

Casi íbamos convenciéndonos de que habíamos dado con un jabalí víctima de un vértigo ó en estado de locura, cuando un cazador lanzó una exclamación de sorpresa al reconocer de cerca la cabeza del animal.

Nos acercamos, y al punto comprendimos los que hasta entonces nos habían parecido enigmas.

El jabalí, en vida, había sido completamente ciego.



EL JABALÍ ARREMETÍÓ FURIOSO

Los párpados de aquel Belisario de los montes sólo cubrían unas cavidades sin ojos y medio secas por efecto del mucho tiempo que llevaban vacías.

Reunidos todos los cazadores, y bien examinada la cabeza del animal, vimos sobre el hueso frontal muchos perdigones del número 4, algunos de ellos completamente aplastados. Aquel tiro, sin duda, recibido de frente en la cabeza, fué el que le privó de la vista.

Dicha cabeza figura hoy en el gabinete de uno de nuestros camaradas de expedición, que quiso conservarla en su poder.

Al pobre ciego le han puesto unos ojos de cristal, y muchas veces, á través del humo de los tabacos, parece que se anima cuando recordamos los tiempos en que ocurrió su muerte, allá en los desfiladeros de la alegre sierra que sirve de antemural á la hermosa y feraz Andalucía.

IV

Curiosa y rara es la siguiente muerte de una jabalina:

Informado el Alcalde de Andelys de que una manada de jabalies ejercía sus estragos en los contornos de

dicho pueblo, se dispuso á castigar á tan temibles huéspedes.

Una enorme jabalina arranca ante los perros, y recibe una bala en un costado á unos 60 metros: la fiera queda atravesada de parte á parte.

Sin embargo, el animal, á pesar de esta terrible herida, más enfurecido aún por el dolor, atraviesa la llanura acosado por los perros, y se refugia en el bosque de Vernón. En éste ya, un pastor, hombre conocido por su fuerza extraordinaria, echa á correr tras de la fiera para ver si podía apoderarse de ella, cuando lo ve la jabalina y se arroja sobre él de repente.

El pastor da un salto hacia atrás, y, al mismo tiempo que recibe una dentellada en el pulgar de la mano izquierda, coge el animal por las orejas y se echa encima de él á fin de tenerle sujeto.

Durante veinte minutos lo menos, este hombre valeroso es arrastrado por el animal furioso, el cual hacía retumbar el bosque con sus espantosos gruñidos.

El Alcalde llega en el momento en que el pastor, agotadas ya sus fuerzas, caía desvanecido.

El animal se precipita sobre su nuevo adversario, que le detiene enviándole una bala al corazón.

La monstruosa jabalina, que tenía en su vientre nueve jabatos, pesaba 140 kilogramos.



CAZA
DE LA
LIEBRE
Y DEL
CONEJO

CAPITULO XVIII

GENERALIDADES SOBRE LA LIEBRE



AS liebres tienen dos ventajas, que son su utilidad y su número, reproduciéndose de una manera tan prodigiosa en todos cuantos países habitan, que luego es preciso mucho arte, mucho plomo y mucha guerra para disminuir el número, que llega á ser á veces molesto por todo extremo. Hay cotos de caza en donde se matan por centenares estos tímidos animales, que se multiplican tanto á causa de hallarse en

estado de engendrar en todo tiempo y desde el primer año de su vida. El periodo de la preñez sólo dura treinta días, al cabo de los cuales paren tres ó cuatro lebratillos, y, no bien la hembra los ha dado á luz, vuelve á recibir al macho.

Por la conformación particular de los órganos genitales de las liebres, suele ser frecuente en ellas la superfetación.

Nacen los lebratillos con los ojos abiertos, y la madre los sustenta por espacio de veinte días, al cabo de